

La teoría del conocimiento según Spencer⁽¹⁾

I.-El problema del conocimiento y la lógica.-La posición de Spencer.—II-Origen y desarrollo del conocimiento. — III - El problema del conocimiento según Spencer. El realismo transfigurado.

I.—El problema del conocimiento y la lógica. — La posición de Spencer.

La teoría del conocimiento es, según la definen los tratadistas, el conjunto de especulaciones que tiene por objeto especificar la naturaleza y establecer el valor y los límites de nuestro conocimiento. Esta cuestión, de suyo muy compleja, ha sido incluida y lo es aún por numerosos filósofos en los dominios de la metafísica especulativa. El problema del conocimiento, dicen, es el problema filosófico por excelencia. Todo lo que *es*, se conoce; por lo tanto, nada se halla fuera del conocimiento. Se comienza en el conocimiento, pero no se sale de él; por eso la cuestión del conocimiento es previa a todo. De aquí que a la teoría del conocimiento esté subordinada la metafísica, como piensan algunos filósofos, y que la filosofía misma es la teoría del conocimiento, según el razonamiento de Billia (Congrés Internationell de Philosophie, 1905).

Una nueva y poderosa corriente de ideas que Spencer ha encarnado mejor que nadie, ha llevado esta teoría al terreno de las realidades científicas; transformando la teoría del conocimiento en un problema positivo, no ya trascendental, lo ha hecho así soluble a nuestra ciencia y experiencia. En es-

(1) Ha servido de base a este trabajo una monografía sobre el mismo tema, presentada al curso de Lógica de 1916; la cual monografía ha sido ampliamente corregida e integrada.

ta mutación de posiciones ha sido inmensa la importancia que ha tenido el desarrollo de las ciencias físico-naturales, sin las cuales el genio constructor de Spencer no hubiera dado a luz su sistema.

El problema del conocimiento, acerca del que Spencer emite una teoría, está bien lejos de ser de orden estrictamente lógico; según los aspectos a considerarse corresponde parcialmente a la Lógica, a la Psicología, a la Biología, a la Filosofía especulativa parte de la cuestión en estudio, y no se le puede considerar desde un sólo punto de vista sin caer fácilmente en error. ¿Es, pues, justificada la pretensión de incluir al problema del conocimiento entre los problemas lógicos? No lo creemos. Pero sea justificada una u otra opinión, es indudable que para abordar su estudio es necesario una sólida base de conocimientos, generales y particulares — no un conocimiento de pacotilla, como por lo común se tiene — de la teoría de la evolución, aplicada a diferentes dominios del saber: principios de biología, psicología genética y comparada, lógica genética, historia de la filosofía. Sólo entonces deja de ser un galimatías fastidioso el pesado Spencer. Se comprenderá ahora cómo los alumnos del curso de Lógica, al emprender el estudio del problema del conocimiento con una preparación bastante deficiente, sólo llegan a tener un concepto vago y puramente dialéctico de esta parte tan fundamental de la filosofía moderna.

Tornando de nuestra digresión, diremos que los psicólogos de la escuela evolucionista, ¿cabe no serlo si se adopta una posición científica?, han incluido con innegable acierto, gran parte del problema del conocimiento en su radio de estudio. Estudian con la ayuda de la Biología, y así lo hizo Spencer, el origen y desarrollo de la vida y del conocimiento, a los que consideran como una adaptación continua del *sér* al medio físico, social y moral.

Este estudio genético de los conocimientos ha revolucionado la Lógica clásica, reducida a la Lógica formal y dialéctica. Hace pocos años Baldwin — después de Meinong y su escuela, de Ribot, de Lipps y de algunos otros filósofos — ha aplicado el método genético al estudio de las formas del conocimiento, desde las más sencillas hasta las más complejas,

considerándolos principalmente desde un punto de vista lógico. Para él, la lógica es la ciencia genética de los procesos lógicos del pensamiento; considera los modos *pre-lógicos*, *casi-lógicos*, *lógicos* e *hiper-lógicos* de pensar. La orientación de Baldwin abre un nuevo y amplio horizonte a los estudios de la lógica. Esta a su vez, pretende incluir la teoría del conocimiento en sus dominios valiéndose de los datos suministrados por la psicología biológica y sus numerosas ciencias coadyuvantes.

En Baldwin se ve claramente las íntimas relaciones de la psicología y de la lógica. En todo su estudio, es notoria la influencia del determinismo evolucionista. Los principios lógicos, en su origen psicológicos, corresponden a hábitos del espíritu. La lógica, de ciencia formal que era, se convierte en experimental o concede honroso lugar a la lógica funcional; ya no se limita a descubrir las reglas de los procesos del razonamiento formal, sino que estudia también las relaciones objetivas que hay entre los modos de la realidad que mediante la experiencia vamos conociendo.

Se ha sostenido que el problema del conocimiento tiene un interés puramente especulativo. No lo creemos así; porque según la manera de resolver la teoría del conocimiento fluiría el concepto de la verdad. Cuestión capital de toda lógica, como que la verdad y sus métodos son el objeto mismo de la lógica. Para conocer las condiciones y la naturaleza de la verdad — dice Abel Rey — han surgido todas las teorías del conocimiento. La lógica en tanto que se propone investigar las reglas del pensamiento sano y normal, es decir, de la verdad, debe estudiar el problema del conocimiento. No se podría, entonces, al parecer, solucionar el problema de la verdad sin antes dilucidar aquella teoría. Esta posición es de estériles resultados, como es estéril plantearse una serie de cuestiones metafísicas antes de resolver un problema científico. Esta actitud del lógico, que se diera a meditar sobre la naturaleza del conocimiento, sería semejante a la que adoptarían los hombres de ciencia — nunca lo hacen — un químico o un biólogo, por ejemplo, si se plantearan previamente en todo momento de su labor, el problema de la estructura de la materia o de la vida.

Hay otra posición que aspira a solucionar las diferencias, y es la que adoptó, entre otros, Mach en su notable obra «Conocimiento y error»; ella consiste en hacer abstracción de la filosofía y de todo apriorismo. Así se encara el problema en estudio desde un punto de vista rigurosamente científico; el agudo Mach sostiene que no hace filosofía, cuando en realidad pretende resolver altos problemas filosóficos y lógicos. El lógico, que es un hombre de ciencia, adopta la actitud del químico o del biólogo. A ello han contribuido tanto Stuart Mill como Spencer (véase el cap. «Del Razonamiento en general», de la «Psicología», tomo II).

Herberto Spencer ha estudiado el problema del conocimiento en su gran obra «Principios de Psicología». No es un estudio analítico de los fenómenos mentales el que realiza en su tratado, sino de los fenómenos más generales del mundo psíquico, desbordando abundantemente — es conveniente hacerlo notar — los dominios de la psicología clásica e invadiendo muchos otros dominios del saber. Spencer trata el problema del conocimiento en diversas partes de su obra. Acerca del origen y desarrollo del conocimiento se expresa en la parte del primer tomo titulada «Síntesis general»; en ella demuestra como de la vida puramente animal, que sólo refleja las modificaciones más elementales del ambiente, se llega por gradaciones a las relaciones más complejas y variadas de la vida mental. Sobre la naturaleza del conocimiento trata toda la parte del segundo tomo que se titula «Análisis general»; allí descubre cuáles son las condiciones necesarias de todo pensamiento. Según dice Ribot, la «Síntesis» es un estudio puramente objetivo, y el «Análisis» es, por oposición, un estudio subjetivo. Como un puente entre estas dos partes es conveniente conocer el principio que rige el orden del funcionamiento mental, que concreta en la ley de la inteligencia que se halla en la «Síntesis especial». Acerca del valor de nuestros conocimientos debe recurrirse a la primer parte del primer tomo, en especial al capítulo «Relatividad de todo conocimiento», de los «Primeros Principios» y en la segunda parte del

tomo I de la psicología. Es necesario, previamente, asimilarse la parte del segundo tomo en la que define «La teoría de la evolución». Este trabajo sólo consta de dos partes, en que se expone la Síntesis general y el Análisis; la primera es necesaria para abordar el estudio de la teoría del conocimiento propiamente dicha, que se expone en la segunda parte.

Las modestas proporciones que hemos asignado a este trabajo nos impide hacer una crítica del sistema spenceriano y poner al día el lenguaje y los conceptos un poco anticuados del filósofo inglés; sólo nos limitaremos a exponer ordenadamente sus teorías, anotando algunas observaciones que su lectura nos sugiere. Una vez esto terminado, nos parece evidente que hemos considerado bastante fragmentariamente los estudios de Spencer, los que deben ser tratados con mayor minuciosidad, y requieren ser integrados en un plan más vasto y complejo, poniéndoles al corriente de las notables investigaciones de los últimos cincuenta años, fecha de que data la «Psicología».

La teoría de la evolución que es la columna más fuerte del sistema de Spencer, ha sido fortalecida, perdiendo mucho de la rigidez y de las inexactitudes inherentes a toda doctrina que nace. Jalón fundamental de la filosofía de estas edades, las construcciones ideológicas del filósofo inglés encierran muchos elementos deleznable que el tiempo se encarga en desechar; esto alegraba al filósofo, pues sabía que los criterios por él emitidos jamás se cristalizarían en dogmas, sino que serían objeto de una constante superación. Hay una razón primordial para que las doctrinas de Spencer alienten en las de una gran mayoría de nuestros contemporáneos. Y es que sus inducciones reposan sobre un cúmulo prodigioso de fenómenos admirablemente observados e interpretados, mientras que la mayoría de los sistemas filosóficos descansan sobre palabras, son construcciones de la imaginación destinadas a dejar, junto con algún sedimento de verdad, una ligera huella en la historia de las doctrinas filosóficas. Spencer es el caso más típico del filósofo que construye con ideas «exógenas», vale decir, con elementos que la realidad le proporciona, en contraposición a los filósofos que se valen de ideas «endógenas», producto de su sola reflexión, según la distin-

ción acertadísima de Pierre Delbet. No en vano ha sido Spencer uno de los genios sintéticos de más vasta cultura enciclopédica que hayan visto los tiempos. Las teorías por él sustentadas son ya del dominio del ambiente. Admira la reducida bibliografía que hay sobre este filósofo. Se le ha combatido mucho, aunque apenas ha sido leído. Se le ha refutado haciendo caso omiso de sus argumentaciones, pues para tener la capacidad de refutarlo, a más de leerlo, es necesario, como hemos dicho, ser un cultor nada superficial de muchas ramas del saber.

II.—Origen y desarrollo del conocimiento.

La «Síntesis General» es un estudio sistemático, aunque parcial, del origen y desarrollo de las funciones cognoscitivas, Spencer dice de la inteligencia. La teoría de la evolución, tan fértil, tan maleable en sus poderosas manos de constructor, y que expusiera en los imperecederos capítulos de los «Primeros Principios», aplicada en sus «Principios de Biología», lo es también en psicología con esplendente resultado, como luego lo será aunque sin tanto éxito en la sociología y en la moral. Toda la psicología posterior a Spencer seguirá sus huellas sin corregir de modo fundamental los principios por él establecidos. La metafísica y la lógica deberán tenerlo bien en cuenta, puesto que reduce muchos de sus problemas a problemas psicológicos. La lógica no olvidará su modo de plantear el problema del conocimiento; con Baldwin, la génesis del conocimiento formará parte esencial de la lógica.

El método que aplica para dilucidar el origen y formación de las especies, le sirve también para explicar el del conocimiento; ya sabemos que se trata del método genético. En la «Síntesis especial» demuestra que el sistema nervioso de los animales más complejos ha llegado a una organización bien definida, integrada y muy heterogénea, después de haber pasado por una serie infinita de gradaciones, por adiciones sucesivas; las formas complicadas de conciencia, que son correlativas de las estructuras nerviosas, han debido pasar por iguales y paralelas gradaciones.

Los fenómenos psíquicos, según la teoría evolucionista — que ha dejado de ser tal teoría para convertirse en realidad — no es más que un caso particular de las funciones biológicas. «La vida del cuerpo y la vida mental son especies, de las que la vida propiamente dicha es el género». Por esto los fenómenos psíquicos deben estudiarse teniendo en cuenta los resultados más generales de la biología. La génesis y desarrollo del conocimiento no pueden ser conocidos sin saber antes cómo se efectúa la evolución de la vida orgánica y del sistema nervioso, sobre todo. Porque tiene esto en cuenta, fundamentalmente, es que Spencer hace una psicología, o mejor dicho, traza los grandes lineamientos de una psicología casi por completo *objetiva*.

Está demostrado — insistimos — en que los fenómenos de la vida orgánica son los que más se acercan a los fenómenos psíquicos. Spencer define a la vida en sus «Principios de Biología» como «el ajustamiento continuo de las relaciones internas a relaciones externas». Sin esa armonía que se va estableciendo constantemente entre el sér vivo y su medio, la existencia no es posible. La vida vegetativa o consciente es siempre una correspondencia, y el grado de vida cambia con el grado de correspondencia. «La vida es rica o pobre — aclara Ribot — según que refleje el universo o las simples modificaciones mecánicas de alguna molécula vecina. Del entozoario confinado en un tejido, al pensamiento de Shakespeare o de Newton, que reproduce la realidad abstracta o concreta del mundo, hay lugar para todos los grados posibles de correspondencia; pero el paralelismo siempre existe entre el sér y su medio». En su obra de «Biología» demuestra Spencer cómo hay una adaptación entre los procesos orgánicos y los que se suceden en el medio que rodea a dicho organismo; y que paralelamente a la complejidad del organismo hay un crecimiento en el número, extensión, especialidad y complejidad de los ajustamientos de las relaciones internas a las externas. Esa misma posición y ese método son los que adopta en sus «Principios de Psicología», donde estudia las manifestaciones psíquicas en su gradación ascendente a través de la escala viviente, en correspondencia con el medio que las rodea.

Dos son las ideas fundamentales que dominan la psicología de Spencer, dice Ribot (1): la continuidad de los fenómenos psíquicos y la relación íntima del sér con su medio. Acerca del primer postulado, al que trata ampliamente en la «Síntesis especial», haremos una ligera referencia, ya que no nos corresponde abordarlo. No hay límite preciso, dice, entre los fenómenos fisiológicos y los intelectuales; se pasa insensiblemente de los unos a los otros, del mismo modo que se podría demostrar la transición de los estados de conciencia más simples a los más complejos mediante agregaciones sucesivas e integraciones. Esta ley de continuidad rige a la psicología; es el fundamento de la psicología genética. Años más tarde otros psicólogos, aún en vida de Spencer, Romanes y Sergi principalmente, desarrollaron esta concepción; las funciones psicológicas son funciones de *protección* y de *adaptación* al medio, mientras que las biológicas lo son de conservación (funciones de nutrición y de reproducción). El desenvolvimiento de la psiquis sería una consecuencia natural de la evolución biológica. Mach, lúcidamente, aplicó estos principios al trabajo científico, sobre todo, que representa, junto con el conocimiento vulgar, un aspecto de la vida orgánica, y busca sus orígenes profundos en las exigencias biológicas. Las primeras funciones psíquicas tienen su fuente en la economía del organismo, en igual concepto que los movimientos y la digestión, por ejemplo.

En los diferentes capítulos de la «Síntesis general» — que expondremos en esta parte — Spencer estudia *la evolución creciente en complejidad de las formas de vida, y cómo en ellas se desarrollan y mantienen en correspondencia con su medio*. La lectura de dichos capítulos no es por cierto amena; resulta fastidiosa por la serie interminable de ejemplos y comentarios de los detalles que hace; pero no debemos olvidar que, antes que literato o estilista, Spencer fué un filósofo de saber enciclopédico que anheló asentar sus doctrinas sobre los hechos.

(1) Se hallará una buena exposición de la psicología de Spencer en su hermosa obra, sobre «La Psicología inglesa contemporánea» (1875), que sentimos haber conocido después de escrito este trabajo; nos hemos valido sin embargo de ella al rehacer algunas páginas.

En el capítulo titulado «De la correspondencia como directa y homogénea», demuestra que la vida más elemental se halla en los medios de singular simplicidad. Considera los modos de existencia de los seres en su tiempo considerados como los más inferiores: el *protococcus nivalis* (veg.) y la gregarínea y el hidátide (anim.). Establece que la correspondencia es a la vez directa y homogénea, por cuanto la vida de estos microorganismos se traduce en unas pocas acciones homogéneas que se hallan en correspondencia con las propiedades uniformes del medio que las circunda. Spencer concede, aquí y después, exagerada importancia al medio en la influencia que tiene sobre las manifestaciones orgánicas; no hay que olvidar, sin embargo, que no debe referirse sólo al medio actual, sino al medio en que la especie se ha desarrollado, ambiente cuyos caracteres han permanecido semejantes a través de la evolución de la especie.

Se observa un progreso cuando una ligera *heterogeneidad* y algunas secuencias, del medio ambiente están en correspondencia con una ligera heterogeneidad en los cambios internos; este progreso se acentúa con un cambio absoluto o relativo del medio. Así se establecen las correspondencias como directas y heterogéneas entre ciertas especies animales, vegetales y végeto-animales y el medio que puede producir cambios en aquellos.

Cuando la correspondencia se extiende en el *espacio* debido al desarrollo de esos poderosos medios de relación que son la vista, el olfato y el oído y también de la inteligencia, se observa que el desarrollo de estos órganos sensoriales y procesos mentales se efectúa al mismo tiempo que cuando las coexistencias y secuencias del medio pueden producir a mayor distancia los cambios correspondientes en el organismo. Apoya como siempre esta aserción, con abundantes ejemplos y demostraciones — que no consignamos so pena de alargar grandemente este trabajo — y concluye en esta proposición general: el progreso de la vida y de la inteligencia es, en uno de sus aspectos, agrandamiento del espacio en que se produce la correspondencia. Esta ampliación de correspondencias se manifiesta no sólo en el desarrollo de los órganos sensoriales en los animales, sino también en las fases sucesivas de la ci-

vilización humana; así vemos, por ejemplo, cuán grande es la diferencia en conocimientos entre las razas primitivas que apenas conocían las localidades vecinas, y el geógrafo moderno que puede calcular la distancia y dirección de cualquier punto del globo; o entre el salvaje que apenas sabe cuántos días tardará la luna en volver, y el astrónomo que conoce el período de revolución de una estrella doble.

Lo mismo que la extensión de las correspondencias en el espacio, la extensión de las correspondencias en el *tiempo* (éstos dos órdenes de correspondencia progresan paralelamente), implica un crecimiento en la cantidad de vida y hace posible una mayor continuidad de ésta. Cada progreso en el conocimiento de secuencias más y más largas, permite ajustar el organismo a esas secuencias. ¿De qué manera? Aprovechando las ventajas que ofrecen tan largas secuencias para reducir los daños que puede ocasionar el medio. Toda posibilidad de desenvolverse en el porvenir se halla fundada en esta facultad de preveer los acontecimientos. Los conocimientos son, en ese sentido, útiles; hasta las generalizaciones más vastas de la astronomía y de la geología tienen gran importancia práctica para el porvenir de los hombres.

Se efectúa un nuevo progreso si la correspondencia crece en *especialidad*; se trata de un aspecto del progreso de correspondencia en espacio y tiempo, anteriormente esbozadas, y es por otra parte, un proceso ulterior y superior. A una mayor aptitud para distinguir por el análisis la naturaleza de los cuerpos y sus numerosas diferencias, corresponde un mayor número de ajustamientos en cuanto al número, rapidez y heterogeneidad, de los cambios producidos en el organismo con relación a ese medio.

Si el sér, en vez de distinguir los detalles se preocupa de agruparlos por sus semejanzas, hay un progreso de las correspondencias en *generalidad*. Demuestra Spencer cómo el crecimiento de correspondencia en generalidad es sólo discernible en las formas elevadas de la inteligencia, y cómo para ello es necesario un gran progreso en las correspondencias antes explicadas, y sobre todo en la de especialización. En este caso deben clasificarse los atributos externos por relaciones comunes, y esto no puede realizarse si no son conocidos hasta la

precisión las mil fases y detalles de cada fenómeno. «La correspondencia creciente que la civilización produce nunca es más notable, posiblemente, que en el crecimiento de las generalizaciones de más en más numerosas y comprensivas». El desarrollo colosal de la ciencia no hubiera sido posible sin la «condensación» de numerosos hechos particulares en verdades cada vez más generales; estas generalizaciones científicas han hecho progresar a las industrias y a la técnica, lo que ha sido grandemente beneficioso para la vida, permitiendo así un grado superior de vitalidad y un aumento en la duración de nuestra existencia.

Un crecimiento en *complejidad* de correspondencia no implica siempre un crecimiento en especialidad de correspondencia. Hay una complejidad de correspondencia cuando a estímulos de complicación creciente responden grupos de acciones cada vez más complejas. Para ello es necesario que la evolución del aparato receptor (sensitivo) se efectúe al mismo tiempo que la del aparato efector (motor). Cada una de las correspondencias superiores, racionales, implica un ajustamiento de las relaciones internas a las externas no sólo percibidas, sino a relaciones generales no percibidas, pero establecidas por la experiencia anterior. Se observa bien esta dependencia recíproca, en el curso del progreso humano (arte, industria, ciencias físico-naturales). A una mayor complejidad de cogniciones, es posible la ejecución de operaciones más complejas, que en el orden social, por ejemplo, se traducen por una mayor seguridad y un respeto mutuo de los derechos.

En el capítulo de *coordinación* y en el siguiente de *integración de las correspondencias*, considera Spencer las condiciones generales de nuestro pensamiento, gracias a las cuales se realizan los ajustamientos de correspondencias entre el sujeto y el medio. Una impresión compuesta lo mismo que una acción compuesta implica las correspondencias en especialidad, generalidad y complejidad; estas deben coordinarse de especial manera. Una categoría superior de coordinación se efectúa por una coordinación de especialidades pasadas con las presentes, y ambas, con generalidades.

Debemos considerar aún de qué modo, de la coordinación nace la *integración* de las correspondencias; «de qué manera las impresiones compuestas y los movimientos compuestos que aquellas guían se acercan de más en más, por su carácter aparente, a las impresiones simples y a los movimientos simples; cómo los elementos coordinados de algún estímulo o acto tienden a unirse en manera de no ser separables por el análisis; y en seguida cómo la unión entre el estímulo y el acto, obedeciendo a la misma ley, llega a ser cada vez más estrecha y termina por no ser más que dos aspectos de un mismo cambio». «Es en virtud de esta ley, agrega Spencer, que las correspondencias de orden superior llegan a ser posibles», porque sin ellas las impresiones complejas no podrían originar acciones complejas con la suficiente rapidez, y no podría haber tiempo suficiente para la inmensa multiplicidad de correspondencias que despliega una vida superior. Los conocimientos suministrados por la realidad se van integrando en la trama de las experiencias anteriores y de la especie. Los datos de la experiencia no son conocidos aisladamente, sino relacionados en el conjunto de la experiencia pasada y actual. Los conocimientos se van integrando a medida que se van adquiriendo. Puesto que una correspondencia elevada en complejidad y especialidad no puede realizarse sin un progreso en la integración de las correspondencias, este fenómeno de integración ha intervenido siempre y ha hecho posible la vida en sus grados superiores.

En un último capítulo titulado «*De la correspondencia en su totalidad*», sintetiza y completa su primitiva concepción de los fenómenos psíquicos, en cuanto se refiere a su significado, origen y desarrollo: «el progreso entero de la inteligencia no es más que el progreso de esta correspondencia en espacio, tiempo, especialidad, generalidad, complejidad». Los progresos de la correspondencia no son más que aspectos de la evolución de la vida; los fenómenos mentales no constituyen más que un caso particular de la biología. Spencer concluye que en esta organización de experiencias, que llama inteligencia, hay la misma continuidad, subdivisión de funciones, dependencia mutua y consensus progresivo que el que caracteriza a la organización física (fisiológica). Por eso, todos

los fenómenos mentales entran en la fórmula establecida para los fenómenos vitales.

Spencer viene a desempeñar en Psicología un papel semejante al de Lamarek en Biología. En este y en otros estudios sistemáticos que hace de la formación de los fenómenos mentales valiéndose del principio de la adaptación al medio, abre una nueva era en la psicología.

Los fenómenos de correspondencia hasta aquí examinados bajo títulos diferentes no forman, en realidad, más que una evolución general, continua e inseparable. «Cada especie particular de progreso ha abierto la vía a progresos de otra especie, y éstos a su vez, han reaccionado de la misma manera». Cada fenómeno biológico y lo mismo psíquico, forma parte de todo un sistema de fenómenos, fisiológicos o psicológicos; de las formas elementales de la vida hasta las formas superiores de correspondencia, a pesar de encontrarse en grupos especiales, según hemos visto, ellos guardan entre sí relaciones de reciprocidad y de cohesión que se acentúan con el progreso biológico y psíquico.

El progreso de los fenómenos biológicos se efectúa insensiblemente. No se pueden trazar divisiones netas entre los fenómenos vitales y los mentales, como tampoco entre los diversos grados de inteligencia: «la inteligencia no tiene grados distintos, como tampoco está formada por facultades realmente independientes, pero sus fenómenos más elevados son los efectos de una multiplicación que, por grados insensibles, ha surgido de elementos más simples». Las formas más complejas de la vida mental se originan de las más simples y siguen un proceso natural y continuo. Las divisiones que se han hecho entre los fenómenos del espíritu: instinto, razón, imaginación, percepción, sentimiento, voluntad, etc., no son más que grupos artificiales de procesos mentales que son en un todo sinérgicos.

Spencer no admite, por último, que la cualidad de racional sea diferente de otra modalidad psíquica. Los diferentes grados del psiquismo no difieren esencialmente entre sí. El proceso de correspondencia se efectúa de manera semejante en las formas simples del pensamiento como en las más complejas.

Las especies y el medio están lejos de ser inmutables; las ideas y los conceptos que van elaborando las sociedades humanas, varían tanto en su forma escrita como en su significación. Esto tiene grande influencia en la lógica, que de estática se convierte en dinámica, funcional.

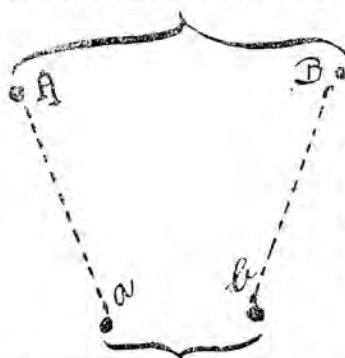
«La formación natural de la ciencia y de la filosofía se realiza en función del medio», sintetiza Ingenieros. Y esta proposición enuncia claramente la posición realista y empírica en filosofía. De ser cierta esta afirmación, y se halla abonada por los hechos, su importancia es incomparable para el filósofo y para el lógico. Agregaremos que el lógico no puede dejar de aceptarla. Los lógicos se valen de proposiciones, que constituyen la menor porción de conocimiento. Toda proposición afirma o niega. La lógica estudia esta simple relación del conocimiento, en sus formas generales; relación entre el objeto y el sujeto, que afirma, niega o califica en sus diferentes aspectos. «Para el lógico, dice el doctor Matienzo, las ideas y los términos representan cosas extensas en el espacio y en el tiempo». Sólo aceptando la validez de los términos es posible hacer lógica.

III.—*El problema del conocimiento según Spencer. — El «realismo transfigurado».*

En el «Análisis General» considera Spencer el problema último de la filosofía: el problema del conocimiento. Lo enuncia y plantea con rara claridad. Parte del *dato* de que existe efectivamente sujeto y objeto, que son divisiones antitéticas de la totalidad de las manifestaciones de lo incognoscible. Este dato es una de las intuiciones fundamentales inherentes al proceso de pensar, que se aceptan como provisoriamente verdaderas, y cuya validez debe ser demostrada por el filósofo. El edificio de las conclusiones que sobre este dato se construye será inestable si es falso o dudoso; «si el idealista tuviera razón, acentúa, la doctrina de la evolución sería un sueño». Spencer llega a demostrar que este dato es absolutamente cierto y que se armoniza con todos los otros datos de nuestra conciencia.

En el capítulo titulado «La cuestión final», plantea así el problema del conocimiento:

A y *B* son dos fenómenos del medio que nos rodea y que tienen relación entre sí. Si los consideramos en sí mismos o



con relación a otros fenómenos exteriores nos ocuparemos de las ciencias físicas. Es el problema de la ciencia objetiva. *a* y *b* son las sensaciones por ellos producidas; la psicología se ocupa de ellos en cuanto busca la relación que hay en nosotros entre *a* y *b*. Si suponemos conocidos *A* y *B* y la conexión *A* a y *B* *b*, nos preguntaremos de qué modo

se establece la correspondencia de la relación *a* *b* con *A* *B*, y qué garantía tenemos para afirmar la conexión *a* con *A* y de *b* con *B*. Es el problema de la conexión entre *A* *B* y *a* *b* el que es necesario abordar. Nos es necesario pasar de una investigación del espíritu humano a una investigación sobre la naturaleza del conocimiento humano. «El conocimiento implica algo que es conocido y algo que conoce y una teoría de la relación entre ambos, que es la metafísica».

Una extensa y compleja argumentación que se continúa a través de diez y ocho capítulos, sirve para cimentar su teoría del «realismo transfigurado». Es preferible seguirlo en el capítulo de síntesis, muy bien hecho, titulado «El realismo transfigurado», remitiéndonos cuando así lo creamos necesario a los capítulos de detalle.

De los dos modos de trabajo mental: el especulativo y el empírico. Spencer concede un mayor grado de veracidad a los conocimientos suministrados por los sentidos. Halla pretenciosos y sin fundamento a los metafísicos para quienes la razón posee una autoridad ante la cual deben de ceder los modos de conocimiento más simples: las percepciones, etc. (En páginas notables expone cuáles son los motivos que han dado margen a la autoocracia de la Razón. V. el Cap. «La hipótesis de los metafísicos» y los Cap. siguientes). A más, las palabras

por ellos utilizadas, implican invariablemente esta relación de sujeto y objeto, que es lo que está en discusión; en cuanto se les analiza se observa que están obligados a suponer tácitamente lo que refutan, o bien, sus razonamientos contienen algún absurdo.

El antirrealismo o idealismo, dice, se apoya sobre estos tres postulados, igualmente imposibles: a) Una concepción primitiva puede ser abolida por concepciones secundarias y dependientes de aquella; b) En un acto mental simple hay menos certidumbre que en una serie de actos mentales complejos; c) Admiten por último que si entre los datos de la conciencia divididos en estados fuertes (sensaciones) y estados débiles (imágenes) hay alguna contradicción, las nociones suministradas por los estados débiles deben ser preferidas.

Demuestra lo que hay de erróneo y contradictorio en estos principios fundamentales de los que parten los filósofos idealistas. Para ellos la creencia obtenida directamente y dada en términos más claros, debe ser abandonada por la creencia secundaria y dependiente, que es prueba indirecta y poco clara. Spencer sospecha y comprueba que hay una fuente de error común a todos estos sistemas.

Para poner término a esta compleja cuestión, trata Spencer de establecer un criterio de suprema certidumbre; un principio por todos admitido como una verdad indestructible: «ninguna verdad, dice Spencer, puede ser más cierta que este criterio que sirve para reconocer la certitud»

Este criterio se condensa en el *postulado universal*, que enuncia así: «Una proposición cuya negación es inconcebible debe ser inevitablemente aceptada». Una proposición es verdadera cuando no contradice a este postulado, y su probabilidad de error aumenta en proporción al número de veces que es preciso acudir a su testimonio. Una proposición cuya negación no es concebible, es un conocimiento cuyo predicado coexiste invariablemente con su sujeto, y al que estamos obligados a aceptar: se trata de una relación necesaria para nuestra conciencia y por lo tanto verdadera.

Stuart Mill ha objetado: la cuestión está en saber si podemos tomar algunas veces por necesario lo que «no es»; así, por ejemplo, se ha tenido por inconcebible la exis-

tencia de hombres en las antípodas. Pero Spencer ha distinguido entre lo *increíble* y lo *inconcebible*; lo inconcebible es lo contrario al pensamiento. Se le responde que, precisamente para saber que lo contrario de una afirmación es imposible pensarlo, *es necesario haber demostrado esa afirmación*, y aún se busca un criterio que nos permita reconocer la verdad del principio de la demostración. Dejemos de lado esta interesante polémica; Spencer da por destruídas las objeciones hechas al postulado universal, y con su método de evaluación procede a juzgar del valor de las conclusiones realistas y antirrealistas.

Demuestra que el realismo se justifica positiva y negativamente. La justificación positiva está dada por la estructura misma de la conciencia; «el realismo es justificado positivamente si se demuestra que es un dato de la conciencia que trabaja según sus propias leyes». Después de un largo análisis concluye en que la antítesis del sujeto y del objeto es una verdad a la que tenemos por cierta en el mayor grado. Antes que se verifique ningún razonamiento hallamos que la conciencia — su génesis así lo demuestra — se separa en dos agregados bien coherentes entre sí. Son dos series de estados de conciencia casi paralelos; Spencer designa a una de ellas como agregados vivos o sensaciones: son los estados de *primera clase* que representan al objeto o mundo exterior, y la otra es la de agregados débiles o puramente subjetivos: son los estados de *segunda clase*. Spencer resume así las diferencias entre estos estados de conciencia, sin dividirlos en absoluto (Diferenciación parcial del sujeto y del objeto. Tomo II. Cap. XVI):

ESTADOS DE PRIMERA CLASE: (OBJETO)

- 1º Relativamente vivos;
- 2º Anteriores en el tiempo (o primitivos);
- 3º Cualidades no modificables por la voluntad;
- 4º Orden simultáneo no modificable por la voluntad;
- 5º Orden sucesivo no modificable por la voluntad;
- 6º Forman parte de un agregado fuerte que no puede ser disuelto;
- 7º Que es completamente independiente del agregado débil;
- 8º Y que tiene sus leyes que derivan de ellos mismos;
- 9º Tienen antecedentes que pueden o no pueden ser indicados;
- 10º Pertenecen a un todo de extensión desconocida.

ESTADOS DE SEGUNDA CLASE: (SUJETO)

- 1º Relativamente débiles;
- 2º Posteriores en el tiempo (o copias);
- 3º Cualidades modificables por la voluntad;
- 4º Orden simultáneo modificable por la voluntad;
- 5º Orden sucesivo modificable por la voluntad;
- 6º Forman parte de un agregado débil que puede ser roto;
- 7º Que es parcialmente independiente del agregado vivo;
- 8º Y que tiene sus leyes en parte derivadas del otro y en parte particulares a ellos mismos;
- 9º Sus antecedentes pueden ser siempre indicados;
- 10º Pertenecen a un todo restringido, que llamamos memoria.

La afirmación de una existencia objetiva independiente del sujeto no es otra cosa que la tesis realista. El funcionamiento mental necesita indispensablemente del realismo. Por otra parte, se halla también la justificación del realismo en el hecho de que los estados de primera clase que representan a las percepciones, forman cohesiones indisolubles, menos dissociables que los estados de segunda clase, y que por ello, se imponen a la conciencia. Son las percepciones las que en último grado deciden acerca de la validez de las doctrinas, vale decir, de su verdad.

El antirrealismo se presta a esta crítica decisiva: los peligros de error son muy numerosos; la incertidumbre hipotética del realismo es mucho menor, siendo su evidencia mayor que la de toda hipótesis contraria. El realismo es anterior al idealismo en el tiempo, es también más claro y más simple que el antirrealismo.

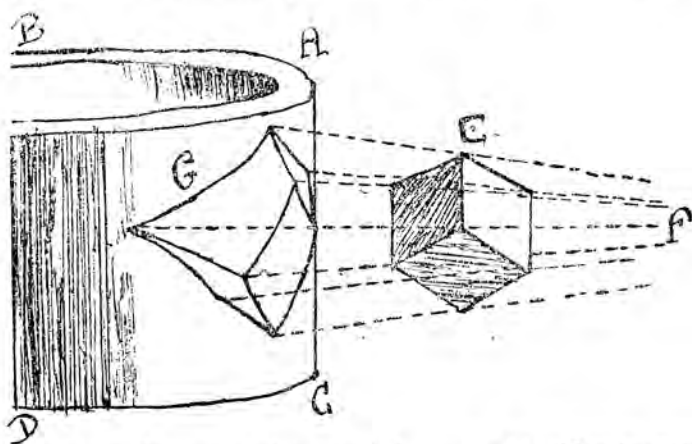
Es con estos razonamientos que Spencer justifica negativamente el realismo, es decir, que ninguna creencia la justifica mejor.

Por todo esto concluye Spencer en que no llegamos al realismo por una «propensión natural», en desacuerdo con las leyes del pensamiento, como sostenía Hume, ni merced a una creencia milagrosa, como pensaba Hamilton, sino que la afirmación de esta tesis es el resultado inevitable de toda argumentación legítima. Pero Spencer no adopta esta posición de un modo absoluto; su realismo no es el vulgar o ingenuo que acepta que las cosas *son* tal cual se presentan a nuestros

sentidos. En otras partes de su Psicología había dejado sentado que las percepciones son impresiones subjetivas provocadas por agentes objetivos desconocidos e incognoscibles; probado esto — que es en verdad la teoría de la relatividad de las sensaciones — pretende Spencer demostrar que ninguna relación de conciencia se asemeja a sus fuentes provocadoras y que nuestro conocimiento de la realidad no es más que una simbolización de ésta. Sepamos que por *realidad* entiende Spencer el conjunto de seres y objetos independientes de las ideas.

Esta es su tesis del *realismo transfigurado* que tanto se aleja del realismo grosero como de todo idealismo absurdo. Spencer la sintetiza así: «El realismo al cual damos la mano es un realismo que no hace más que afirmar la existencia del objeto en tanto que separado e independiente de la existencia del sujeto. Pero no afirma que algún modo de existencia objetiva sea en realidad tal como aparece, ni que las conexiones que unen estos modos sean objetivamente tales como aparecen».

Mediante una ingeniosa analogía de orden geométrico nos da Spencer un claro concepto de las relaciones entre las dife-



rentes hipótesis que se han emitido para dilucidar la teoría del conocimiento: realismo ingenuo, concepciones idealistas y escépticas (que llama intencionadamente antirrealismo, tal vez porque no conciba el idealismo), y el realismo transfigurado.

La analogía geométrica, que supone un ligero conocimiento de la teoría de la perspectiva, es de grande valor didáctico; se reduce a lo siguiente: sea $A B C D$ la superficie de un cilindro, E un cubo frente a él; desde un punto F imaginario y lejano se proyectan líneas que pasan rasando toda la superficie del cubo y se dibujan sobre el cilindro, sobre el que formarán una imagen de proyección. Se observa que los contornos, relaciones, ángulos, medidas, etc., de la imagen son en un todo diferentes a las del cubo; moviendo el cubo se observa también que las variaciones de las líneas son diferentes a las del cubo, sin que deje de haber un sistema de correspondencias perfectamente definido entre ambos objetos. Aquí tenemos un símbolo (imagen) cuyas variaciones de elementos y leyes cambian con los elementos y leyes de la cosa simbolizada (cubo), sin que por eso se parezca en nada el uno al otro.

Es el proceso de la percepción. La analogía es clara: el cubo representa el objeto, la superficie del cilindro el campo de la conciencia, y la figura, la percepción que se tiene del objeto. A pesar de la diferencia absoluta entre las leyes de las variaciones de una y otra serie de relaciones (complejo de objetos y plexo de percepciones), ambos pueden corresponderse de tal manera que cada cambio en el mundo objetivo cause en el estado subjetivo un cambio exactamente correspondiente a aquél.

Veamos ahora cómo se representarían las diferentes hipótesis metafísicas en esta analogía. El *realismo ingenuo* admite que los elementos de la superficie curva corresponden en un todo a los elementos del cubo. El *idealismo* al comprobar cuan cambiantes son los elementos de la figura proyectada por un simple movimiento del cubo, y como la figura en nada se asemeja al objeto, concluye en que éste no debe ser mirado como la causa; la figura y la superficie sobre la que se refleja es lo único existente. El *realismo hipotético* acepta la existencia del cubo a título de hipótesis necesaria y afirma el desacuerdo entre cubo y figura. El *escepticismo* cree que podemos dudar razonablemente de la existencia del objeto y de la del percipiente. El *idealismo absoluto* va más lejos aún, al afirmar la no existencia de objetos ni de superficies; lo único que *es*, es la figura. El *realismo transformado* toma elementos de cada uno de esos sistemas, rechaza lo que tienen de contradictorio, sin

convertirse por esto en sistema ecléctico: afirma la conexión entre el cubo y la imagen proyectada, afirma la existencia del cubo, afirma que la proyección no contiene ningún elemento o ley igual a los elementos o leyes del objeto cubo. Spencer hace resaltar los puntos de contacto y disidencias del realismo transfigurado con las citadas teorías del conocimiento.

Después de haber demostrado en largos capítulos, la imposibilidad de toda creencia antirrealista, hace esta otra observación: que la creencia antirrealista no ha sido nunca, en verdad, profesada. El idealismo, agrega, «no es más que un fantasma de creencia que frecuenta los laberintos oscuros de proposiciones verbales en las que se pierden los metafísicos»; ni Berkley, ni Hume, ni Kant, fueron idealistas consecuentes, porque no alcanzaron jamás a expulsar la conciencia de una realidad exterior.

Insiste muy especialmente en la distinción que es preciso hacer — véase bien — entre el acto de pensar aisladamente los elementos de una proposición, y el acto de pensar esa proposición misma, mediante el cual se conciben ambos términos en la relación requerida. Spencer ejemplifica este razonamiento, que es difícilmente sintetizable en pocas líneas. Demuestra como es precisamente «esta confusión de proposiciones cuyos elementos sólo pueden ser pensados separadamente, con proposiciones cuyos dos términos pueden ser pensados en la relación requerida, lo que caracteriza todos los argumentos antirrealistas y sus conclusiones». El idealista dice que lo conocido por él como objeto es sólo un grupo de sensaciones conscientes; los dos términos: objeto y conciencia, son inteligibles, como lo es la relación entre ambos, considerada aisladamente. Pero lo que es completamente ininteligible es la afirmación de que el objeto reside en la conciencia sin relación del contenido al continente, *puesto que los dos términos no pueden ser combinados en el pensamiento sin esta relación* y ningún proceso mental puede representarnos el uno en los límites del otro. De ahí que no sea posible concebir ni creer en el idealismo.

«Todo sistema antirrealista, dice Spencer, no es una fábrica de ideas, sino una fábrica de pseudo-ideas. Está compuesto no de pensamientos dignos de este nombre, sino de for-

mas de pensamientos vacíos de su contenido». En esta forma traduce el eminente filósofo su despectiva opinión de las filosofías idealistas, aunque no deja de creer que han sido útiles por el rol criticista desempeñado, al reaccionar extremosamente contra el realismo grosero. Cree él que su posición es la verdadera, e inapelable su solución a esta larga controversia; su realismo es amplio y se contenta con afirmar que el objeto del conocimiento tiene existencia independiente. Es preciso aceptar, pues, como una verdad controlada, esta relación entre objeto y sujeto. Pero si la realidad del mundo exterior no puede ser objeto de duda, no debemos olvidar, sin embargo, «que tras de todas las manifestaciones interiores y exteriores hay una potencia que se manifiesta». Si bien estamos privados de la facultad de conocerla, su presencia universal es el hecho absoluto sin el que no hay hechos relativos. Esta realidad incognoscible, oculta bajo todas las apariencias, es lo único que hay de inmutable. Así concluye Spencer el «Análisis General».

Gregorio Bermann.